



# Namú

Francisco Javier Pérez Hidalgo

Ilustraciones de portada e ilustraciones internas:

Ana Isabel Delgado Salazar

Derechos reservados del autor de la obra Namú, Francisco Javier Pérez Hidalgo.

Pérez Hidalgo, Francisco Javier

Namú/Francisco Javier Pérez Hidalgo- 1ª. Ed. – San José,

Costa Rica

ISBN 8972-21-263

1. Cuento costarricense. 2. Literatura costarricense

## Presentación

Namú, el Jaguar, como lo denomina su autor, es aquel personaje mítico ,que representa la arcadia: es el símbolo del paraíso perdido.

Y, ciertamente, estas tierras poseían, y poseen, a pesar del saqueo de diversos países colonialistas, riquezas naturales y humanas privilegiadas:

Grandes ríos, cataratas, cordilleras, bosques, volcanes una extraordinaria fauna y flora, todo, para darnos esa biodiversidad que sostiene el aire que respiramos, el agua que bebemos, agotada ya en muchos rincones del planeta. Tenemos también, una cultura mestiza, producto, de aquel “encontronazo cultural”, acaecido en 1492, entre los “invasores de lata” , en palabras de Namú, y las culturas precolombinas, cuyos habitantes fueron llamados arbitrariamente por los europeos, indígenas.

Namú es entonces, el representante del río y de la cordillera indómita de Talamanca, que defendió con furia el cacique Garabito, él es el símbolo de lo que fue, y permanece en el imaginario colectivo, como el héroe de la resistencia. Así, en el relato, “El presagio del abuelo”, Cocorí, el abuelo de Namú, nos lo muestra con vehemencia:

“Un día no muy lejano,-dijo derramando sollozos y lamentos-los colonizadores emprenderán una fuerte batalla contra nuestro pueblo, para robarnos nuestras tierras, nuestro oro y nuestra paz como ocurrió en la época del gran Garabito.

Así, a lo largo de los dieciséis relatos que conforman el cuento de Namú, presenciamos en su tejido textual, diálogos, escenarios naturales

Paradisiacos, acontecimientos inesperados, encuentros, desencuentros, metamorfosis, desgarramientos, alumbramientos maravillosos como el nacimiento de Namú y Chamala. >Y, aunado a los más jóvenes, nos encontramos con los mayores, en los cuales descansa la memoria histórica,

Ellos son portadores de una visión de mundo nostálgica, que evoca un

Tiempo ido, donde la vida era construida social, cultural y ecológicamente, a partir del respeto mutuo.

Burunda, el padre de Namú, nos lo recuerda en una de sus meditaciones:

“¡Hum! Esta es mi madre tierra, la que canta y nos sustenta-exclamó

Burunda, mientras tronaba los nudillos de los dedos y meditaba en sus responsabilidades como padre.

Así a lo largo del discurso narrativo, lo telúrico, y la metáfora acompañan el cuento de Namú, portador de marcas culturales donde converge lo antiguo y lo nuevo, para darnos cálidamente, en tiempos de descarnada globalización, una lección de humanidad.

Por otro lado, aunado al discurso textual, las ilustraciones, tanto de portada, como internas, de la artista costarricense Ana I Delgado Salazar, le imprimen un matiz de verosimilitud plástica, diríamos que van de la mano, tejido textual y tejido plástico es un binomio perfecto de imágenes trazadas magistralmente en ese encuentro entre texto escrito e imagen.

Diríase también que el texto respira en la piel del dibujo y el dibujo en la piel del texto para lograr una simbiosis poética, que seguramente experimentará el lector, la lectora.

En buena hora la llegada de Namú,-con la bendición de Sibö-, del escritor costarricense Francisco Javier Pérez Hidalgo, quien nos demuestra en este discurso narrativo, enriquecido por el discurso plástico de Ana I Delgado Salazar, que la nacionalidad jurídica costarricense, no determina que haya una sola nacionalidad, ni una sola identidad.

Es así, como podemos decir, que aquí, dentro de un pequeño territorio, ahora denominado Costa Rica, conviven diversas culturas y por lo tanto, diversos enfoques y visiones de mundo: están los herederos del jaguar reconstruyendo sus espacios, continuando sus luchas históricas, perpetuando sus lenguas, entre ellas la lengua Bribri.

Bienvenido Namú, el Jaguar.

Marta E. Delgado Salazar. Heredia, 2016.



## **Biografía**

### **Francisco Javier Pérez Hidalgo**

San José, Costa Rica, 1 de Agosto de 1949.

Reside en Heredia desde hace muchos años. Cuenta con estudios de filosofía, ontología, epistemología, ética, teodicea y latín en el Seminario Central. En la Universidad de Costa Rica estudió latín, francés e historia del pensamiento. Se graduó en Contaduría Pública en la ULACIT y se pensionó luego de ejercer dicha profesión por 35 años. Poemas suyos aparecen en la Antología Nuevos Poetas Costarricenses, Editorial Costa Rica (1982). En el 2010 ingresó al Taller Literario UNA-PAIPAM, Universidad Nacional, Heredia. En el 2012 formó parte del Taller de Poesía en la UNED. Participó en la Comisión que logró el decreto que establece el 21 de Marzo como Día Mundial de la Poesía. Ganó en el 2014 el premio al primer lugar en la categoría adulto del concurso “Versos en el agua.... Poesía que fluye”, organizado por la UNA, el MCJ y el MEP. Ha escrito el poemario La estación del cerezo y Tributo al Amor. También se destaca en los géneros del cuento y novela.

## Dedicatoria

Con toda mi ternura, amistad y amor dedico esta obra:

A mis padres: Carlos Luis Pérez Rojas, Isabel Hidalgo Hidalgo.

A mis Hermanos: Carlos Luis, Gilberto, Ruth, Alexander, Fabio, Martha, Ana Lucia, Eduardo.

A mi esposa: Inés Salgado Sánchez.

A mis hijos: Francisco Javier, Viviana María, José Pablo.

A mis nueras: Geovanna Blanco y Alejandra Vargas.

A mis nietos: Christopher, Pamela, Alejandro, Santiago y David.

A todos mis amigos y familiares.

Compañeros del seminario de Tacares.

Compañeros de trabajo.

Taller de poesía UNA PAIPAM y a su personal que me motivo a escribir esta obra.

Agradecimiento especial a:

Viviana Pérez Salgado

José Pablo Pérez Salgado

Marielos Salgado Sánchez

Lorena Salgado Sánchez

Por su esfuerzo solidario, revisión y diseño gráfico, para que esta obra se convirtiera en realidad

## Namú

Los ojos asombrados de Namú sobresalían como dos lunas blancas cuando recobró la conciencia, allá en el recóndito palenque de su tribu.

— ¿Dónde dejaste los bueyes y la carreta?—, le cuestionaba su padre Burunda.

Reconocido por su fortaleza y valentía, este niño de doce años, piel color del sol, ojos brillantes y seductores como el color verde de los quetzales, siempre está atento a lo que sucede en el bosque, en la montaña, en el río y con los animales de la selva. A su corta edad, Namú es un protector amante de la Madre Naturaleza. Descendiente de los aborígenes Bribri, su nombre significa Jaguar y es tan veloz que en un instante escala el Cerro Chirripó con sus hermosas formaciones rocosas y conoce todos los senderos de la Cordillera Talamanca.

— Mi destino está sentenciado, debo recuperar la carreta —le dijo Namú a su hermana Chamala.

--- ¿Por qué estás tan preocupado, hermano? ¿Qué ocurrió?—preguntó la aborígen de 10 años.

--Quise demostrar a mi padre que a mis doce años ya soy un muchacho valiente y fuerte y me llevé los bueyes por la montaña altas y bajé hasta el río Sixaola. El gran caudal del río los arrastró. ¡Todo lo he perdido! Solo deseaba probar mi coraje y valentía y ahora solo siento angustia. Quería que supieran que puedo ayudar a mi pueblo en su lucha contra los invasores de lata que saquean y persiguen a las tribus.

—Sabes que eres un niño, te falta mucho para ser tan poderoso como el gran cacique Garabito, quien lideró la insurrección aborígen contra los españoles durante la conquista. Ahora tendrás que trabajar duramente para recuperar los bueyes y la carreta. ¡Es tu responsabilidad! ¡Tienes que aprender a corregir tus errores! — intervino Burunda, su padre, muy molesto y enojado.

A Namú y a Chamala se les saltaron los ojos como dos semillas del corazón del pejibaye cuando escucharon la sentencia de su padre.

La carreta y los bueyes eran muy importantes para trasladar el maíz, el camote, la yuca, el tiquizque, el ñampí y otros alimentos que la familia sembraba en la región e intercambiaba con otras tribus, sobre todo con los Cabécares y los Huetares; éste último fue el pueblo indígena más poderoso y organizado de Costa Rica, en el cual destacó el cacique Garabito en la época de la conquista. Fue un valiente defensor de su pueblo, identidad y soberanía.

Namú pertenecía a la época colonial, posterior a la conquista de los hombres de lata y cuando se acercaban los colonizadores al Valle de Talamanca, Namú subía a los árboles más altos del bosque donde nadie podía divisarlo y avisaba con sonidos de su ocarina, que se escuchaba en toda la selva, a los Bribrís, Brunca y Cabécares para que se escondieran y se pusieran a salvo.

Namú puso su oído en el corazón de un ceibo que palpitaba como un tambor y descubrió de esta manera que se acercaba, a lo lejos, el tropel de caballos de los colonizadores.

--Chamala, voy a subir al ceibo y saltar como un jaguar de árbol en árbol hacia otras montañas, debo distraer el camino de los hombres de lata para que no encuentren nuestros palenques, realizaré una labor de distracción de los colonizadores. Diles a mis padres que estaré bien — dijo Namú, escalando un enorme ceibo y desapareciendo entre las ramas frondosas de los árboles.

--¡Cuídate hermanito! ¡Te amo con todo mi corazón!—le gritaba mirando como su hermano ascendía rápidamente el gran árbol.

--No tengas miedo hermana, sobreviviré. —y dicho esto se alejó por los árboles más coposos y enramados y los hombres de lata extraviaron sus caminos al escuchar tantos sonidos extraños que salían de la ocarina de Namú, creyendo que en el bosque habían cientos de aborígenes dispuestos a defenderse.

Por esto, las comunidades indígenas lo admiraban y amaban. Reconocían su valentía y agallas y veían en él a un futuro rey. Namú distraía a los colonizadores produciendo ecos en las paredes rocosas de las montañas que desorientaban siempre a esos hombres. Por esta razón los Bribris y otras tribus lograron ponerse a salvo en muchas ocasiones. Era tan valiente y osado como el cacique Garabito que utilizó muchas estrategias para defender la identidad y soberanía de los aborígenes del Reino Huetar de Occidente contra los conquistadores guiados por Juan de Cavallón y Arboleda.

La labor de distracción del pequeño Namú había tenido éxito y pronto regresó a su tribu.

--- ¿Dónde estabas Namú?—le preguntó su padre.

---Jugando en la copas de los árboles, saltando de rama en rama, observando a los quetzales y las hermosas lapas rojas. —respondió.

---Hermanito, en verdad tu osadía palpita en tu corazón---le dijo Chamala.

Llegó la noche y la familia regresó al palenque donde comieron deliciosos elotes y atol de maíz que había preparado mamá Nancy. Luego de despedirse con un beso se fueron a dormir alegremente porque habían tenido un día muy hermoso y sin peligros. Solamente Chamala conocía cómo su hermano había logrado alejar al hombre de lata.

## Chamala

Amaneció. El croar de las ranitas de colores dorado, roji-negro y verdes se escuchaba por todas partes, también el chillar de miles de grillos y trinos melodiosos de cientos de aves. Después de comer tortillas y bañarse en la poza, Chamala, la hermana de Namú, salió a dar un paseo por la selva. Le encantaba jugar con las tortuguitas a orillas de los riachuelos y observar los pececitos de colores del arcoíris. Ese día, Chamala se puso a corretear a un bulú, armadillo en lengua Bribri y sin darse cuenta se internó en el corazón de la espesa selva. El tiempo pasó velozmente y Chamala se extravió en los cerros de la cordillera Talamanca. Las sombras de la noche empezaron a formar horribles fantasmas en los diversos recodos del bosque. Los aullidos de manadas de coyotes se escuchaban a lo lejos.

—Namú, --preguntó Nancy, la madre, --¿Dónde está Chamala? ¡Es muy tarde y no ha regresado! Mientras tanto los aullidos de los coyotes se oían más fuertes y cercanos...

—Voy a buscarla, madre, —contestó el hermano.

--No, yo voy, está muy oscuro y es peligroso ser atrapado por un coyote.---dijo su padre Burunda.

Namú sin obedecer a su padre salió corriendo a las comunidades aborígenes vecinas, pero nadie supo darle razón de su hermana. Tras horas de angustiante búsqueda, el niño aborígen escuchó algunos sollozos que provenían de una cueva y acercándose miró a Chamala adentro.

— ¡Chamala!, ¡Chamala!, pensé que habías muerto en las garras de los coyotes. — gritó el niño y le prodigó el más cálido de sus abrazos, la llenó de besos y no terminaba de preguntarse qué haría si perdiera a su hermanita. La amaba tanto que su existencia perdería sentido si eso ocurriera. —Chamala, toma de esta agua cristalina y pura y tranquilízate, nada te pasará. Estoy contigo y te llevaré de regreso al palenque.

Ella sonrió como una aurora al amanecer; sabía que con su hermano estaría a salvo.

— ¿Qué tienes en la mano Chamala? —preguntó Namú.

—Una piedra verde que encontré en la caverna. —respondió ella.

— ¡Es una piedra de jade!, son muy escasas aquí pero abundan en otras regiones como en el valle del Río Motagua en Guatemala, donde me llevó una vez mi abuelo Cocorí. Esto es un buen augurio Chamala, estas piedras traen buena suerte, son mágicas y tienen poderes. ¡Debemos irnos! ¡Súbete a mis hombros!- dijo felizmente Namú.

— ¡Te amo hermanito! —dijo ella. Chamala de un salto se encaramó sobre la espalda de su hermano. Cuando llegaron al palenque, agradecida por haberla protegido, ella, le regaló a Namú la piedra de jade.

— ¡Bien, es hora de dormir! —afirmó Burunda con voz gruesa y vibrante porque sus hijos habían regresado sanos y salvos al palenque. Más sin embargo, su madre, Nancy, no terminaba de besarlos y estrujarlos contra su pecho.

## **Namú cumple su promesa.**

Nuevamente la tierra había girado sobre su propio eje y la luz del sol se derramó como un bálsamo sobre el césped despertando a los grillos y a las ranas y sapos rojinegros que saltaban de piedra en piedra. Las gallinas cacareaban anunciando que habían puesto los huevos en los nidos. Toda la selva entonaba un himno.

— ¡Hum! Esta es mi madre tierra, la que canta y nos sustenta —exclamó Burunda, mientras tronaba los nudillos de los dedos y meditaba en sus responsabilidades como padre.

Namú salió del palenque y como era su costumbre corrió hacia la poza que estaba cerca de su hogar y se sumergió hasta el fondo. Luego de zambullirse cientos de veces salió desnudo del río y se amarró el taparrabo hecho con cuero de venado y de nuevo corrió hasta la choza para comer las ricas tortillas que había preparado su mamá Nancy, mujer morena, joven y fuerte como el jade, afable y dulce como la miel del panal.

— ¡Namú! ¿Cuándo traerás de regreso la carreta y los bueyes que perdiste en el río? —inquirió de nuevo Burunda a su hijo.

— ¡Hoy en la noche los traeré! —exclamó el niño con firmeza y seguridad.

—Tú sabes que tardé más de ocho lunas grandes construyendo la carreta y conseguí los bueyes con los Huetares de Barva a cambio de treinta jícaras llenas de

chicha, cincuenta arcos y doscientas flechas de coyol. ¿Cómo crees que podrás traerlos hoy al declinar la noche?, ¿Acaso haces magia con las piedras siah? —le preguntó su padre.

—Yo dije que hoy los traeré y un futuro cacique nunca miente. Yo soy Namú, el jaguar de la selva. —dijo el niño seriamente.

Su madre que también lo escuchaba, tuvo la visión de su hijo convertido en un legendario y valiente cacique al igual que Garabito, que fue considerado un héroe por los aborígenes en tiempos de la conquista en los decenios de 1560, según les han contado sus ancestros de generación en generación.

El niño salió velozmente por el sendero hacia una tupida montaña y en ese lugar recóndito frotaba, entre sus manos, la piedra verde esmeralda que Chamala le había regalado. Gran susto se llevó cuando vio a la piedra de jade transformarse en el rostro de un aborígen y otros fragmentos de la piedra de jade en puntas de lanzas para sus flechas.

De repente, escucha que el amuleto le habla:

—No temas, Namú, yo te ayudaré. Toma tu arco y una flecha con punta de jade que es mágica, siah, y lánzala con potencia sobre aquella roca. Obedece.

Namú, estiró el arco con toda su fuerza, clavando la lanza en el centro de la piedra que inmediatamente se convirtió en una preciosa carreta de madera, fuerte y jaspeada como las maderas del laurel, nazareno y otras maderas finas.

Escuchó otra vez la misteriosa voz del amuleto:

—Namú, ve al río. En la orilla llora una familia Cabécar. ¡Corre y ayúdales! Su pequeña hija de tres años cayó en el crecido cauce y no pueden rescatarla. ¡Vete ya!

Namú saltó de rama en rama hasta llegar al río donde la familia afligida lamentaba a gritos la pérdida de la niña. Colocó en el suelo su arco, las flechas y la ocarina; se amarró una liana a la cintura y lanzándose a las aguas desapareció en la profundidad.

—Oh Sibö, dios creador de la tierra, la sabiduría y los hombres, qué tragedia estamos sufriendo. Hemos perdido a los dos niños. --y lloraba más fuerte la familia.

De repente la cabellera de Namú asoma a la superficie de las aguas y apoyado en la liana sale a la orilla trayendo sobre sus hombros a la niña.

— ¡La tengo, está a salvo! —grita Namú exhausto.

En la cordillera de Talamanca resplandeció el mítico Cerro Suràyum, donde Sibö creó a los Bribrís. La alegría había regresado a aquellos miembros de la tribu.

Los aborígenes Cabécares, felices y jubilosos, obsequiaron a Namú un par de bueyes, vestimentas de hermosos colores, bolsos y varias máscaras talladas con rostros de aves, serpientes, mariposas y otros animales. Y era tanta la alegría que festejaban con la danza de los diablitos al dios Sibö.

Namú, muy agradecido por el regalo, regresó al palenque, montado en la preciosa carreta. Tocaba la ocarina, cuyo eco retumbaba en las alturas de la cordillera de Talamanca.

— ¡Aquí están, padre, la carreta y los bueyes!, ¡Los he recuperado! —gritó.

El padre muy asombrado, salió a su encuentro y exclamó:

— ¿Cómo lo lograste Namú?, ¡Cuéntame lo ocurrido!

— ¡Hum! son secretos que guardaré en mi corazón. —respondió el niño, mientras Chamala y la madre lo besaban felices por haber logrado regresar una carreta mágica y superior a la que se había llevado el río.

--Hum, ¿no me contarás que ocurrió? Puedes guardar tu secreto, respeto tu decisión, pero si hablas, recuerda que debes ser veraz, nunca engañes a los otros. ¡Siempre debes decir la verdad!

—Te prometo, padre, que seré un gran cacique, justo y generoso, cuidaré la tierra que es sagrada, la vida de los animales y buscaré siempre la paz con las demás tribus. —dijo Namú.

—Serás un gran cacique cuando seas hombre. Sé que defenderás a tu pueblo de los hombres de hojalata y procurarás la paz entre las tribus. —predijo su madre que junto con Chamala, lo abrazaba con dulzura y cariño.

La alegría floreció en el palenque por la bella carreta.

## El cervatillo y el jaguar

Namú era un niño amante de la naturaleza y le encantaba subir a los árboles grandes para divisar el horizonte. Le gustaba sentir el suave viento sobre su piel color sol, observar las aves y escuchar sus preciosos trinos, admirar los colores de las lapas rojas y el verde plumaje de los quetzales.

Una tarde, estando en la copa de un alto ceibo, percibió una extraña sensación. Subió aún más alto en el árbol y buscando por las rendijas infinitas que se formaban entre las ramas, atisbó una manada de jaguares persiguiendo a unos venados cola blanca. Eran cientos de venados huyendo entre los pasillos que se forman en el bosque por el paso constante de diversos animales. La sangre le ardía y el corazón le palpitaba con furia al ver la persecución, sin embargo, las palabras sabias de su padre Burunda resonaban en sus oídos: recuerda Namú que no debes intervenir en el proceso natural de la vida. Cada día tiene su propio afán, cada río su propio cauce.

Namú meditaba en las palabras que le había dicho su padre y las hacía parte de su vida. Estaba en eso, cuando observó a un pequeño cervatillo cola blanca prensado entre los bejucos, lo que significaba su muerte instantánea en las fauces del jaguar que lo merodeaba. Sin pensarlo más se lanzó desde las alturas, apoyado en una liana. El furor de sus ojos reflejaba su deseo de salvar la vida del indefenso cervatillo, huérfano ya, porque su madre había sido atrapada por otro jaguar y llevada lejos del cerro. Apenas tenía tiempo para pensar. El jaguar alcanzó con sus poderosas garras las tiernas patas traseras del cervatillo. Buscó el amuleto de jade en su pecho para pedirle ayuda, sin embargo, por la ligereza de ir al bosque, había dejado olvidado

el amuleto mágico. ¿Qué podría hacer sin el amuleto? ¿Cómo vencer a aquel jaguar gigantesco? Una gran tristeza brotó de su corazón y Namú, el niño valiente de la tribu, lloró de impotencia, pero gritándose a sí mismo se dijo: – ¡Lo salvaré! ¡Lo salvaré! un futuro cacique no abandona a nadie en peligro. – y dicho esto, se lanzó sobre el bejucal donde se encontraba el jaguar y la pequeña cría de venado. El jaguar asomaba sus enormes y filosos colmillos por entre los bejucos sin poder pasar, mientras Namú quedó atrapado entre los pequeños arbustos. El jaguar saltaba furioso, pero no podía darles alcance. Namú sintió miedo. El jaguar se impulsaba cada vez con mayor fuerza y Namú gritaba. Si tuviera mi amuleto mágico lo salvaría, -pensó... Se sentía muy frustrado consigo mismo, estaba en peligro de ser alcanzado por el jaguar. Sacando fuerzas de su impotencia sonó la ocarina imitando una manada de coyotes y el jaguar rompiendo la corteza rugosa de los bejucales donde atacaba, escapó hacia las altas laderas del cerro Chirripó en busca de protección.

Namú rescató al pequeño y asustado cervatillo. Observó que la herida en las patas traseras era grave y derramaba mucha sangre; estaba muy debilitado y pronto a morir. Apresurado recogió barro y algunas hojas de güitite y le envolvió las patas heridas para evitar que se desangrara. El cervatillo lo miraba agradecido y Namú, colocándolo sobre sus hombros, enrumbó hacia el palenque.

— ¿Qué sucede Namú? ¿Qué traes sobre tus hombros?---preguntó intrigado su padre.

— ¡Es un cervatillo herido que necesita ayuda! Y diciendo esto, agotado por la larga travesía, entregó a Burunda el animalito y acostándose en la hamaca se durmió al instante.



La madre de Namú se acercó y observándolo dormido, exclamó:

--¡No vayas a reprenderlo, tu hijo es muy atrevido y generoso y debe aprender poco a poco!

— ¡Hum! esperemos, él sabe que le tengo prohibido ir lejos del palenque. Cuando despierte le pediremos explicaciones de por qué trajo al cervatillo. —repuso su padre Burunda.

Otra vez apareció la noche con su delantal de estrellas infinitas, tiritaban gozosas y entonaban un himno a la creación.

## El cervatillo despierta

Al amanecer Namú finge estar dormido. Desea escuchar la conversación de sus padres respecto al cervatillo y así planificar una respuesta. Sabía que le tenían prohibido intervenir en el ritmo natural de la vida. Su padre Burunda fue el primero en hablar con Nancy.

—El cervatillo debe ser liberado. Su lugar está en la naturaleza— dijo Burunda, firme y con el ceño fruncido, a su esposa.

—Espera a que Namú despierte, sé que mi hijo debe tener una buena razón, mi hijo ve lo esencial de las cosas. —le respondió con amabilidad Nancy.

— ¿Esperar para qué? El destino del cervatillo está en la selva. —replicó molesto.

Mientras ellos conversaban Namú todo lo escuchaba en medio de la sinfonía infinita de trinos y chillidos que despertaban con la aurora.

El cervatillo se movía con dificultad y parecía que agonizaba. Abrió los ojos y atisbó aquel extraño entorno que conformaba el palenque.

—Es necesario matarlo para que no sufra —exclamó Burunda.

— ¡No! — Se escuchó el grito desgarrador de Namú y saltó de la hamaca --yo lo cuidaré y curaré sus patas, le daré amor y alegría. Debo protegerlo antes de liberarlo en la selva.

—Yo también ayudaré a cuidarlo —dijo su hermana Chamala.

— ¿y tú qué opinas esposa?---preguntó Burunda.

Un nudo de mariposas revoloteaba en el vientre de Nancy. El cervatillo estaba muriendo y su esposo tenía razón...La respuesta se le detenía en los labios cuando miraba a los niños acariciar al cervatillo...Mientras tanto a Burunda se le agotaba la paciencia:

— ¿Qué dices Nancy? —preguntó con determinación el esposo.

—Los niños y el cervatillo merecen una oportunidad—exclamó la mujer, pero el animal había cerrado los ojos, ¿habría muerto?

— ¿Cuál oportunidad? ¡Míralo está muriendo! ¡Hay que sacrificarlo de inmediato! Y comer su carne.

— ¡NOooooooooo!--- gritaron Chamala y Namú al unísono. — ¡Nosotros lo cuidaremos!

—Ya tiene los párpados cerrados, no respira, ¿Cómo le devolverán la vida?—dijo el padre.

Chamala, acariciaba las orejas del animalito, cuando Namú acercó su oído al corazón del cervatillo y exclamó:

—El corazón todavía le palpita. ¡El cervatillo vive!

Y corrió más veloz que una flecha hacia el denso bosque para traer las milagrosas hierbas de toro, las chisaaca, que sus padres usaban cuando ellos se

enfermaban y que su madre decía que eran mágicas para sanar inflamaciones, heridas y raspones.

Había un gran suspenso... Chamala y Namú le aplicaron el empasto de hojas al cervatillo. Así hicieron durante una semana y cuán grata fue su sorpresa cuando observaron al animalito ponerse en pie y dar algunos pasos.

Burunda, nuevamente, sentenció:

—Cuando el cervatillo se fortalezca lo liberaremos en el bosque que es el sitio natural al que pertenece -- y un nuevo grito de oposición de los niños retumbó en toda la selva como un huracán que nadie podría detener.

--- ¡No! Podría ser atrapado y devorado por algún coyote o jaguar---replicó Namú.

---Nosotros cazamos para comer, no para dañar la naturaleza, no tenemos animales en cautiverio.---añadió Burunda.

---Permite que los niños se queden con el cervatillo---intervino el abuelo de Namú y Chamala, el aborigen Cocorí, a quien se le dio este nombre en memoria de su ancestro el cacique Cocorí Huetar de Suerre ---será una bella compañía para ellos. El abuelo Cocorí era sabio, amable y generoso y el que generalmente narraba a los niños las historias de la conquista y parte de la colonización y les enseñó los riscos profundos y laderas de la cordillera de Talamanca

## La amistad del cervatillo

El cervatillo se recuperó. Era el momento de devolverlo a la selva. Habían pasado cuatro lunas llenas y el animalito se había encariñado con Chamala y Namú que diariamente le habían prodigado todo tipo de atenciones: le daban agua, le curaban las heridas, jugaban con él y lo llevaban a la poza donde metía las patas. Desarrollaron una íntima y verdadera amistad. El cervatillo agradecido con Namú dormía todas las noches al pie de su hamaca y lo primero que hacía al amanecer era lamer al niño como una muestra de amistad. El amor era mutuo: el cervatillo y el niño se acariciaban tiernamente.

— ¡Bien! Llegó la hora de entregarlo al bosque—volvió a sentenciar Burunda y cogiendo un mecate de cabuya, lo ató alrededor del cuello del cervatillo y se lo llevó montaña adentro. Horas después Burunda regresó al palenque y dijo:

— Ahora estará a salvo y vivirá su propia vida. Cada quien debe labrar su propio destino y el cervatillo tendrá una vida plena en las montañas junto a su manada, a la cual pertenece.

Nancy, Chamala y Namú se miraron tristemente; un nudo en la garganta no les permitió responder pero sus corazones estallaron como cántaros en llanto.

— ¡Bien, a continuar con nuestra vida! Cada uno a realizar sus trabajos, cada día tiene su propio afán. Namú, tú me ayudarás a sembrar yuca, maíz y frijoles y tú Chamala molerás en la piedra el maíz mojado para preparar la masa.

Estas eran las costumbres de los indígenas Bribris y Cabécares, pobladores de la Alta y la Baja Talamanca, mayor elevación en el Sur de América Central, que recorre la parte Sur del Valle Central de Costa Rica y continúa por el territorio de la república de Panamá con los nombres de Chiriquí. El Chirripó es considerado el pico más elevado y hermoso, con más de 3.800 metros de elevación sobre el nivel del mar. Es de gran importancia porque sirve de hábitat a especies grandes de mamíferos como la danta, el jaguar, el puma, y muchas especies de aves como el Quetzal.

Llegó la medianoche, un ruido suave pero extraño se escuchó muy cerca del palenque. Namú despertó y en posición de alerta tomó su arco y flechas imaginando que algún peligro merodeaba la choza. Miró el cielo y contempló la noche encendida de estrellas. Los demás estaban cansados por el trabajo agotador del día y dormían. Le dio una vuelta en redondo al palenque y al no observar nada regresó a la hamaca.

Pero...otra vez el ruido semejante al de una serpiente venenosa se escuchó muy cerca de su hamaca, sin embargo, el cansancio le hizo ignorar el peligro.

Al amanecer, Burunda fue el primero en despertar bajo el trino de cientos de aves y preguntó:

— ¿Namú, tú saliste del palenque anoche? Escuché un extraño ruido y apenas pude observar que abandonaste la hamaca.

— Sí padre—, le di una vuelta de inspección al palenque y no encontré nada.

— ¿Estás seguro de lo que dices?---inquirió

—Sí padre—respondió Namú...

— ¡Entonces esto es un regalo del cielo! Observa debajo de tu hamaca Namú. El cervatillo ha regresado. Puedes quedarte con él. El cervatillo eligió que su destino es contigo. Me has dado un gran lección mi niño, me inclino ante tu generosidad que alcanza insospechados límites, has logrado controlar la furia de tus emociones y me has obedecido, eres dueño de ti mismo a tu corta edad, sé que en ti se forja el carácter de un gran cacique.

Besos y abrazos volaron desde las almas de Namú y Chamala, el cielo palpitó y la tierra también se alegró y el verde césped lloró rocío de felicidad.

Namú cuidó al cervatillo por el resto de su vida llamándolo “Paz” como premonición de lo que sería su gran motivo de vida.

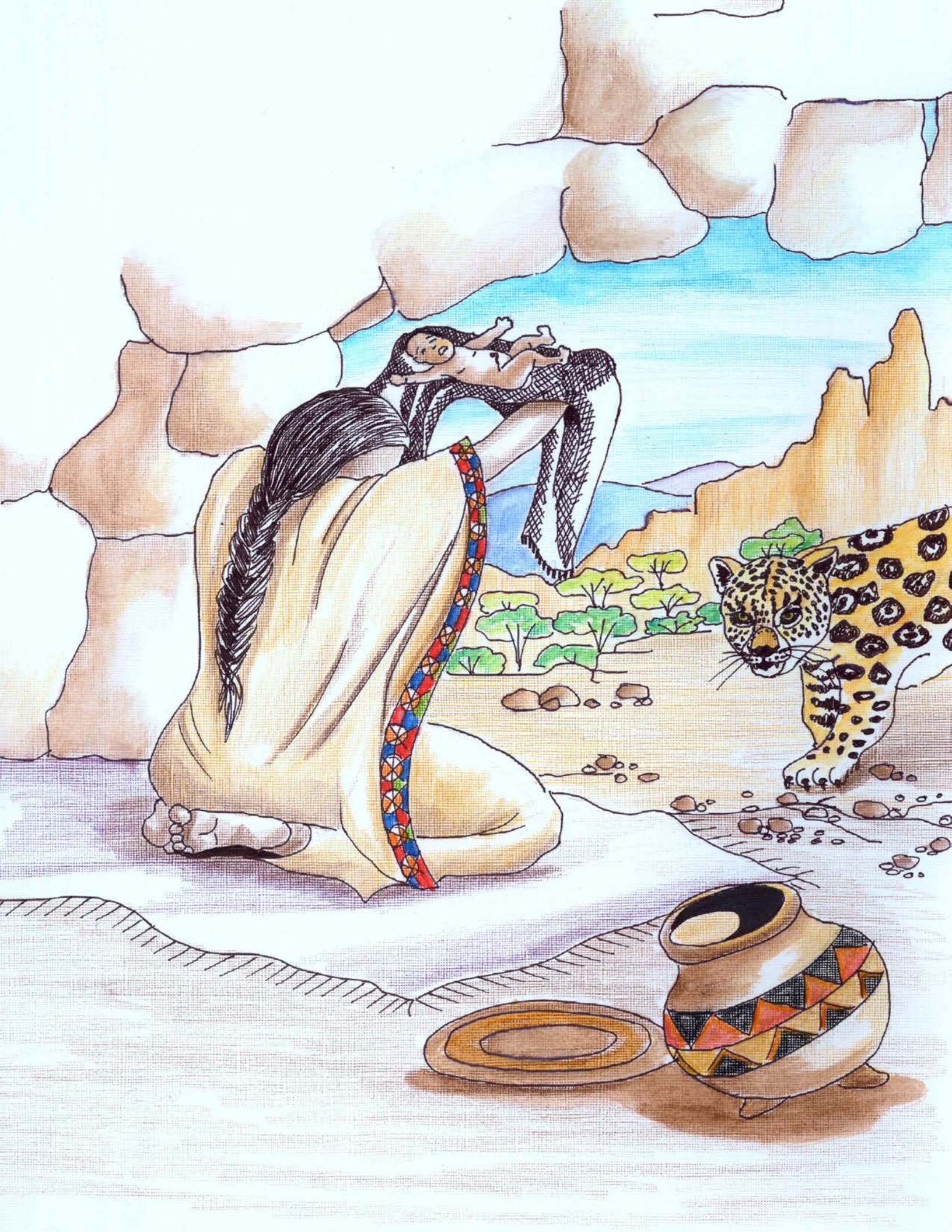
## Nacimiento de Namú y Chamala

Doce años antes, con los ojos desorbitados y sollozando por los dolores del parto, Nancy, esposa de Burunda, mujer muy hermosa, piel canela y pómulos de diamante, empujaba decidida y valiente para que naciera su primer hijo. De acuerdo a la tradición, Nancy que pertenecía al clan Corcuac, había contraído matrimonio con el fornido joven Burunda del clan Birihuac, porque casarse con indígenas del mismo clan estaba prohibido ya que era considerado incesto. La hermosa joven, de contorneado y terso cuerpo, había hechizado a Burunda y dio el consentimiento para casarse con él.

Nancy eligió para el nacimiento de su hijo una cueva en las laderas del Chirripó que reflejaba la luz de adentro hacia afuera, una luz brillante, que pronosticaba la sabiduría de la criatura a punto de nacer sin poder adivinar si sería hombre o mujer. El nacimiento de un hijo era una labor que la madre realizaba en solitario y con gran devoción. Era como el amanecer de una nueva aurora que la conectaba con el cosmos.

De repente la mujer indígena escuchó, muy cercano a la cueva, el fuerte gruñir de un jaguar y el miedo aceleró su parto. Pronto tuvo entre sus brazos al bebé indígena de piel color sol y sus movimientos indicaban su fuerza. Nancy miró que el jaguar se acercaba a la cueva y exclamó fuertemente:

— ¡Siiiiibööö...! ¡Salva a mi hijo! —y entrando en valor, alzó al bebé en brazos y lo mostró al jaguar que al mirarlo bajó la cabeza en señal de reverencia ante aquella vida naciente y se alejó mansamente.



— Te llamarás Namú, es decir Jaguar— dijo Nancy, todavía impresionada por lo sucedido con aquel feroz animal que hizo una reverencia a su primer hijo.

Tiempo más tarde se acercaron familiares de varias tribus y junto con el chamán principal, entonaron cantos y sonidos de celebración. Burunda y sus amigos danzaban y tomaban chicha para celebrar el nacimiento de Namú, mientras que Nancy era purificada por el chamán.

Dos años después nació Chamala. Su llegada también fue celebrada mediante danzas, cantos y bebida de chicha como expresión de respeto y amistad entre las tribus. Así mismo, Nancy pasó por el ritual de purificación por parte del chamán, de acuerdo a sus costumbres religiosas en las cuales lo natural se une a la sobrenatural.

Namú tenía 12 años cuando salvó a su hermana Chamala que tenía 10, su madre Nancy 32 y Burunda tenía 36 años. Además vivía con ellos el abuelo materno Cocorí que amaba entrañablemente a los niños. Juntos, con el cervatillo, formaron una hermosa familia aborígen. El abuelo Cocorí, se encargaba de llevar a los niños a las praderas de la cordillera, sin alejarse mucho de su clan que en Bribri se dice Ditsö. Así desde temprana edad los niños conocían todos los laberintos de la gran cordillera.

## El presagio del abuelo

Han pasado dos años y Namú, convertido en un jovencito, ha aprendido a sembrar yuca y frijoles, a moler maíz y adquirido una gran habilidad con su arco y flecha, mientras que su hermana Chamala cooperaba con la familia pelando la yuca, alimentando a las gallinas, recogiendo huevos y siendo también muy certera con el uso del arco.

Burunda y Cocorí, el padre de Nancy, siguiendo la tradición, les narraban a los niños leyendas e historias de sus ancestros, con el fin de mantener vivas sus costumbres. A esto se unía el aborígen Kamaquiri, cabécar, amigo de Burunda y Cocorí, orgulloso de llevar el nombre de su ancestro. A Kamaquiri también le encantaba recorrer con el grupo familiar los alrededores del río Suince, que significa espalda de armadillo. Era el lugar ideal para hacer florecer sus recuerdos.

Fumando su pipa y el humo dispersándose hacia el cielo, un día el abuelo les dijo con voz ceremoniosa:

—Estas montañas son seguras, nos han protegido de los invasores. Nosotros respetamos la tierra, a Pacha Mama, a los bosques, a los ríos, a la vida animal, al tapir, a los armadillos y a los venados. Sin embargo presiento vientos de guerra. Así como el sol naufraga en el horizonte, de esta manera mi sabio corazón arde en fuego por el desafío que se aproxima.---dijo el abuelo Cocorí.

— ¿Guerra? ¿De eso hablas abuelo?—le preguntó Namú.

— ¿Sí abuelo, de qué guerra hablas? Siempre has procurado vivir en paz con todas las tribus, especialmente con los Boruca y los Cabécares—indagó la niña Chamala, mientras que Burunda guardaba silencio y la tristeza se reflejaba en su rostro.

El abuelo Cocorí callaba. Su silencio era natural, emotivo y nostálgico a la vez porque no quería asustar a los niños pero su anhelo era mantenerlos alertados y protegidos.

—Un día no muy lejano, —dijo derramando sollozos y lamentos —los colonizadores emprenderán una fuerte batalla contra nuestro pueblo, para robarnos nuestras tierras, nuestro oro y nuestra paz como ocurrió en la época del gran Garabito.

El presagio del abuelo Cocorí se refería a la crueldad de los hombres hojalatas que con sus mosquetes y armas avanzadas, atacarían y asesinarían al Cacique y Rey Pablo Presbere y a su pueblo, quien sostuvo una fuerte y larga batalla por defender la soberanía y nuestra cultura autóctona, tradiciones y costumbres.

— ¿Por qué abuelo los hombres de lata desean hacernos tanto daño? — preguntó Namú confundido.---Nosotros nunca hemos ido a sus tierras para saquearlos y matarlos, ¿por qué ellos vienen y hacen guerra contra nosotros?-----exclamó el niño.

— ¡Yo defenderé a mi pueblo!--sentenció Namú con gran convicción. El muchacho amaba entrañablemente su territorio.

— Namú, así como has visto surcar cientos de lapas rojas sobre los montes y aparearse en los almendros libremente, así es nuestra identidad, ¡paz!, ¡paz! y ¡más paz! que habremos de conservar con nuestro trabajo y nuestras vidas, para que las generaciones futuras también disfruten de este amor de la Madre tierra en un solo abrazo. ¡Esa es nuestra identidad Namú!, paz y libertad, las cuales debemos de defender cuando llegue el momento de la adversidad. Dicen los Borucas en su lengua nativa “Chíetón Morén” “trato justo”, <sup>(1)</sup> la justicia es el principio de la paz, la legalidad y las tribus deben mantenerse unidas.

Chamala y Namú escuchaban extasiados a su abuelo que no quiso referirse más al presagio y continuó narrando sus recuerdos a los niños:

--- Según cuentan nuestros ancestros el Mar Caribe fue la puerta que permitió el primer contacto con una civilización extraña y desconocida que apareció en barcas gigantes. De acuerdo a lo que narran los extraños iniciaron la conquista de muchos territorios pero nuestros indígenas, valientes guerreros al mando de Garabito enfrentaron a los hombres de lata...

Lógicamente el abuelo desconocía los viejos mundos de Europa y Asia, y se refería a la llegada de Cristóbal Colón con las tres Carabelas: La Pinta, La Niña y la Santa María, frente a Uvita en Limón y eran relatos de la época de la conquista.

La tarde declinaba, Chamala y Namú escuchaban con profunda atención los relatos que el abuelo narraba sobre la tradición oral de sus ancestros. Estaban cautivados con estas legendarias historias que formaban parte del patrimonio de sus vidas, de la riqueza de su identidad. Las primeras penumbras ensombrecieron el

bosque. ¡Estaban ansiosos! Al día siguiente, por la mañana se llevarían a cabo los ritos de iniciación de Chamala y Namú.

## Rito de iniciación

Apenas el sol había asomado su rostro en el horizonte, Burunda, su esposa Nancy y un grupo de indígenas Bribrís y Cabécares se reunieron en el palenque que semeja lanzar miradas al cielo. El chamán llamó a Chamala y Namú para el rito de iniciación. ¡Había llegado el momento de acuerdo a las tradiciones!

-- Chamala, Namú, tomen estas herramientas: astas, puntas de lanza, cuchillos, objetos raspadores, piedras para talar pieles y hagan buen uso de ellas porque es gloria de la tribu. Utilícenlas con sabiduría porque de ellas dependerán sus vidas. — les dijo el chamán.

— ¡Aprendan a dominarlas con destreza! — agregó Mamá Nancy, muy complacida de contemplar a sus pequeños niños iniciarse oficialmente en la vida adulta. La madre se sentía feliz como un naranjo en flor, su sonrisa y mirada transformaba el palenque y con mucha paz y regocijo abrazaba a sus dos hijos.

Chamala había tenido su primera menstruación y esto de acuerdo a la tradición era motivo para realizar el ritual de iniciación.

— Deberás permanecer alejada del contacto de las otras mujeres y comer los alimentos que yo te obsequié— dijo el chamán y prosiguió: — toma estos objetos especiales para ti pues tu boca se considera impura y debes triturar la corteza del árbol de anís y lavártela, y tú, Namú, deberás tomar y poseer estas flechas con dignidad... Observando que Namú estaba ausente y viajando con su mente más allá de la luna, le repitió en voz alta y fuerte:

— ¡Namú estás muy distraído! , ¿En qué piensas en este ritual tan solemne?

— En una bella muchacha Cabécar de la cual me he enamorado, se llama Tara. Tiene 14 años igual que yo y mi corazón palpita como un corcel cada vez que la miro pasar. Es bellísima, semejante a un atardecer encendido en celajes de múltiples colores.

— ¡Namú concéntrate en el ritual, luego hablaremos de Tara!— repitió el chamán--- usarás estas flechas que he preparado para ti y desde este momento te autorizo a utilizarlas en cacería y legítima defensa.

Namú intenta responderle al Chamán que desde niño usa flechas personales y con punta de jade, flechas mágicas y poderosas pero su padre intervino de inmediato diciendo:

— Hijo, estas son tus flechas de iniciación y harán de ti un gran cacique, un gran rey, ¡Acéptalas! —se adelantó a decir Burunda.

--Que felicidad mirar a tus hijos iniciados, serán valientes guerreros—le dijo Cocorí a Nancy.

El día transcurrió en fiesta y abrazos, bebiendo chicha, bailando la danza de los diablitos y otras, hasta que apareció el manto oscuro de la noche como una larga sombra y clausuró la celebración.

Antes de que los amigos de las tribus vecinas se despidieran de la familia Burunda anunció a Namú el viaje que realizarían al día siguiente.

--Mañana iremos de viaje hasta el Delta del Diquís porque deseo mostrarte un gran tesoro —exclamó Burunda.

— Quiero acompañarlos—, agregó Kamaquiri, el cabécar amigo de Cocorí.

## Una historia más...

Al día siguiente, reunidos nuevamente, conversaron con alegría de la fiesta del ritual de iniciación. El abuelo Cocorí aprovechó para narrar a Namú y Chamala algunos relatos más acerca de sus ancestros. Sobre todo, les contó con orgullo cómo los indígenas Huetares y el cacique Garabito defendieron por varios años los territorios, la cultura y la identidad de sus pueblos.

--El asesinato de Garabito fue una tragedia para la tribu ---insistió el abuelo Cocorí. La violencia alcanzó límites nunca imaginados por nuestros aborígenes.

El silencio invadió al palenque, las lágrimas asomaron a los ojos de Namú y Chamala.

— Bueno, son historias que aunque muy tristes y crueles ustedes deben conocerlas y transmitir las a sus hijos y nietos para que los indígenas del futuro conozcan la verdadera historia de nuestras tierras. — dijo abuelo Cocorí a los niños.

---Niños, luego el abuelo les contará más historias. Ahora es necesario que Namú aliste los utensilios necesarios y los alimentos para ir en busca del gran tesoro--- explicó Burunda.

— Yo quiero escuchar al abuelo, quiero ir con ustedes a este viaje en busca del tesoro— suspiró Chamala.

— Sé que lo deseas, pero esta vez deberás esperar en el palenque. Aún no estás preparada para este viaje. ¡Vamos niños! ayuden a preparar la yuca, moler

maíz, hacer tortillas y a alistar algunas jícaras con chicha para tomar durante la travesía a la orilla del río; cuando se agote la chicha llenaremos las jícaras con el agua límpida de los ríos. Será un largo viaje Namú pero Kamaquiri también nos acompañará.

--Padre, ¿por qué Chamala no irá con nosotros al encuentro con el gran tesoro?  
—dijo Namú.

-- Hijo, Chamala no es tan fuerte como tú, solamente tiene 12 años, aún es muy pequeña para esta larga caminata que puede resultar peligrosa si aparecen los hombres blancos. Es mi manera de proteger a tu hermana hasta que demuestre ser tan fuerte como tú. —replicó Burunda.

— Mujer, esposa mía, debemos emprender el viaje hacia el aluvión del Delta del Diquís. Namú es fuerte, valiente, corre velozmente, sube a los árboles con gran facilidad, sabe esconderse en el bosque y nadar profundo. Está preparado para realizar esta caminata, debe aprender la ruta y así proteger este sitio misterioso, mágico y legendario---dijo Burunda dirigiéndose a Nancy.

— No tan de prisa, Burunda, recuerda que en esta noche de verano a la tribu Bribri llegará un nuevo ser. Mi hermana Amara está a punto de dar a luz. La vida es más valiosa que cualquier tesoro material, lo sabes. Deben esperar a que nazca la criatura.---dijo Nancy al grupo.

Estas palabras sabias conmovieron y convencieron a Burunda, a Namú, a Kamaquiri y a Cocorí quienes decidieron posponer el viaje por un día más.

## Alumbramiento

Amara, indígena hermana de Nancy, había manifestado su deseo de que su hijo naciera junto al árbol Indio Desnudo. Ese tipo de árbol era llamado así porque tiene un color piel cobrizo semejante a los rayos del sol, no tiene hojas y semeja a un hombre sembrado de cabeza con las piernas extendidas hacia el cielo.

Complaciendo su petición fue llevada al pie del árbol que había solicitado. Estaba a punto de parir.

— Abuelo — dijo Chamala.

--Sí niña, ¿qué quieres ahora?---respondió Cocorí

--Debemos invocar al dios Sibö, creador de la tierra y de los hombres para que proteja este alumbramiento, la tarde amenaza con fuertes lluvias y podrían desbordarse los ríos.---indicó la pequeña indígena.

— ¡Tienes razón Chamala!--- respondió el abuelo Cocorí.

Sin embargo el chamán se negó a realizar rituales de protección porque había sido la voluntad de la mujer embarazada que su bebé naciera al pie del árbol. La libertad individual privaba ante las tradiciones.

— ¡Abuelo, empieza a llover a torrentes como ríos cayendo del cielo! ¡Intercede por la futura madre! —Añadió Namú,--muy preocupado por la indígena, hermana de su amada madre Nancy. Quiso demostrar su audacia y desafiando al Chamán entonó

diversos sonidos con su ocarina que atrajeron a cientos de lapas rojas al árbol Indio Desnudo.

— ¡Mira abuelo! —dijo Chamala, las lapas llegan en grandes cantidades al Árbol Indio Desnudo.

Namú, viendo aquel fenómeno sobrenatural, comprendió que actuaba correctamente a pesar de las instrucciones del Chamán porque obedecía las fuerzas de su corazón. El Chamán, que tenía facultades de intermediar entre los hombres y los espíritus, estaba enfurecido por el desafío del niño y tocando su caracola se retiró.

Namú sonaba la ocarina y cantaba cerrando sus párpados, concentrado en su oración; los demás indígenas también se pusieron a bailar, festejar y a cantar:

“Sibö vino transformado en un zopilote,

vestido como un hombre,

con un collar en su garganta.

El collar se reflejaba,

él vino con el collar

ejené, ekujé,

ejené, ekujé.

Él vino a darnos la danza,

él vino del aire.

ejené, ekujé,

ejené, ekujé”

Entonces ocurrió algo mágico. En el palenque todos estaban postrados de rodillas y las lapas rojas, centenares de ellas, abrieron sus alas formando una gran enramada que protegió a la madre y al bebé de la lluvia.



La madre Bribí, embelesada por la nueva vida, vio abrirse los cielos y exclamó:

— ¿Cuál es su nombre Sibö?

Y Sibö respondió:

—“Pabru Presberi” —que significa “Jefe de las lapas”,

— ¡Abuelo!—dijo Chamala, --- ¡Qué hermoso todo esto que ha ocurrido! ¡Mira el bosque encendido en una llamarada jubilosa de lapas rojas! Desde ahora amo y bendigo a este niño.

Namú también cayó de rodillas porque el dios Sibö había respondido a su petición y sentía que haber convocado a las lapas y que éstas formaran un techo con sus alas para proteger a la madre indígena y al bebé Pablo Presbere, era una fuerza natural que no sabía explicar, pero que guardaría muy dentro de su alma y presentía grandes augurios. Años más tarde, este niño que hoy nacía, se convertiría en el héroe de los indígenas, protector de nuestra identidad, de nuestras tradiciones autóctonas, tierras y soberanía.

Este era el nacimiento del aborigen Pabru Presberi, Rey de Lapas, en tiempos de la colonización, en la comunidad de Suince. Hay estimaciones de los historiadores de que Pabru Presberi, conocido también como Pablo Presbere nació entre los años de 1670 a 1710. Se convirtió en un gran guerrero, defensor de su pueblo ante el maltrato y dominio de la corona española. Después de muchas batallas fue capturado y asesinado un 4 de julio de 1710. Pablo Presbere fue declarado benemérito de la

patria por la Asamblea Legislativa reconociéndosele como un gran defensor de la libertad, identidad, dignidad y defensa de la soberanía de la cultura originaria. La Asamblea Legislativa declaró el 4 de julio para celebrar el día de Pablo Presbere.

## Inicio de un viaje inolvidable

Con la sonrisa fresca de la mañana y la brisa alborotando sus cabellos Namú despertó a su padre Burunda y a su amigo. Estaba ansioso por ir en busca del gran tesoro.

— ¡Namú! ¿Qué haces?, —le dijo su madre, aún es temprano para marcharse, las aves cantoras no han despertado y yo no he preparado las tortillas y las jícaras con chicha. Conserva tu energía, el camino es largo.

Besos y caricias de comprensión entre la madre, Chamala y Namú. Ellos siempre se manifestaban su cariño, aún en las contrariedades, por eso se abrazaron al instante, ¡el abrazo es un gran tesoro! Esto los mantenía unidos como familia.

— Madre, yo me encargaré de enseñar al pequeño Pabru Presberi todo lo que he aprendido de mi padre y de mi abuelo Cocorí, le ayudaré para que llegue a ser un gran rey, fuerte, audaz, valiente y generoso. Le enseñaré a usar el hacha, los arcos, el lasqueo, a confeccionar escudos de cuero de venado...

La madre interrumpió a Namú: — Pero además le enseñaras a sonreír, a evitar la vana envidia, a superar la incomprensión y a proclamar la dignidad de su propia sangre como el mayor regalo.

Estaban conversando cuando despertó Burunda. Abrazando a cada uno, empezando por su esposa, dijo:

— Is a ´ shkèna, que significa buenos días, ¿cómo amaneció usted? y así sucesivamente hasta abrazar a Chamala que veía cómo la luz del amanecer despertaba todo el bosque. Era como la luz de una lámpara que descendía desde el cielo y se filtraba por todos los repliegues del bosque.

— ¡Hum! parece que todos amanecemos felices y estamos listos para el gran viaje, Sa` shkèna buàe, ---dijo Burunda a quien se unieron Cocorí y Kamaquiri. Todos sentían palpar el corazón como un solo tambor.

— Por el bien de nuestros hijos y las futuras generaciones ¡vayan en paz!— dijo la madre cuando se despedía de cada uno de los indígenas. Mucha paz, mucha paz, ninguna violencia. ¡Cuiden a mi hijo! —recalcó.

Y así es como emprendieron un viaje único, asombroso y mágico hacia la zona de El Delta del Diquís, atravesando caminos empedrados hechos por los indígenas y siguiendo otros senderos trazados por el jaguar, el tapir y los venados y que les servía para movilizarse por la densa naturaleza.

Durante la travesía escuchaban a las lapas, loros, monos aulladores y cariblancos; miraban grandes manadas de venados y millares de mariposas Morpho, un regalo inmensamente bello de la Madre Naturaleza, conocida como Pacha Mama, Egea, Madre tierra. De vez en cuando encontraban en el recorrido pequeñas caravanas de otros grupos indígenas a quienes reiteraban su paz y armonía.

—Como te decía Namú—dijo Cocorí, la historia que se cuenta del rey Garabito, es la de un cacique aguerrido, inteligente, valiente y decidido. Garabito apostó por la

identidad y la libertad de los pueblos indígenas ante las constantes persecuciones del hombre de hierro. Tengo el feliz presagio que el niño Pablo Presbere también llegará a ser un gran defensor de los aborígenes, con un gran espíritu indómito y valiente defenderá la libertad del reino.

De esta manera, Namú fue aprendiendo las historias sobre el hombre blanco, que llegó a América de tierras europeas y asiáticas, seducido por el oro de los indígenas y conoció sus luchas legendarias. Durante muchos años el hombre blanco, vestido de hojalata, saqueó y asesinó a nuestros aborígenes que sumado a muertes por enfermedades y trabajos forzados, disminuyó considerablemente nuestra población autóctona.

Namú escuchaba muy atento e interesado. Era un buen oyente, así aprendía y forjaba su carácter para ayudar a defender al reino aborígen

## Aventura de Namú en el río Térraba

Los indígenas tenían costumbres que les permitían orientarse dentro de la selva y no extraviarse. La cercanía relativa a orillas del río Chirripó era una forma de abastecerse de agua. Servía a las indígenas para lavar sus ropas hechas de piel de venado y que luego colgaban en las ramas de los árboles o colocaban sobre piedras y grandes raíces para secarlas al viento y al sol.

La distancia de los palenques al río Térraba, el más grande de Costa Rica, era corta. El turbulento río Térraba también era conocido como río Diquís, que en lengua brunca significa “Aguas Grandes”. Los viajeros, tomando el río Térraba como referencia, podían desplazarse hasta el sitio llamado El Silencio, donde se encontraba el gran tesoro.

El cacique Kamaquiri le propuso a Burunda utilizar unas canoas que guardaban entre los matorrales y así descender por el seno del río hacia la parte baja.

Burunda le dijo:

— Kamaquiri es excelente tu idea, así nos ganamos dos días de viaje, de todas maneras mi hijo Namú es un gran navegante. Y tomando las canoas y los remos navegaron por el río Térraba.

— Son sabrosas las correntadas—exclamó Namú. ¡El rebote de las aguas contra las grandes rocas alegra el espíritu!

— ¡Cierto! Son sabrosas Namú pero ten cuidado, puedes chocar con una gran roca y estar en serios problemas---aclaró Burunda.

— ¡Padre!—exclamó Namú, acá las aguas son mansas,- ¿Me das permiso de lanzarme al río?

— ¡De ninguna manera! Hasta que atravesemos este verdor de lirios y meandros porque las aguas debajo de las barcas forman una corriente muy veloz y pueden arrastrarte hasta la desembocadura y terminar con tu vida.

— ¡Un rápido a la vista! —gritó Kamaquiri cuando visualizó aguas revueltas a unos doscientos metros de distancia.

— ¡Namú! ¡Debes sostener con fuerza los remos y navegar con todas tu energías para que logres pasar la corriente que se estrella entre aquellas piedras gigantes!--- gritó Burunda, pero Namú no escuchó a su padre y cayó al agua perdiendo los remos. Su padre logró recatarlo y subirlo a su canoa sin hacerle reproche alguno, bien sabía el indígena que enfrentar adversidades era una de las formas más bellas de aprender con sabiduría y eran las oportunidades con que educaba y forjaba el carácter del niño.

## Namú y la danta

— Yo sugiero que lleguemos a la orilla, desembarquemos y caminemos por los trillos de las selvas espesas. El río Térraba está demasiado caudaloso, es prudente guardar las canoas y remos en los matorrales y continuar a pie hacia el Delta del Diquís, ahí contemplarás el gran tesoro—le dijo el padre a Namú.

— No te escucha Burunda, tu hijo no te escucha, lo miro distraído, desorientado, creo que se enamoró fuertemente de Tara y solo piensa en ella —exclama sonriente Kamaquiri.

— ¡Namú!—dijo el padre, ¿me escuchas?

— ¡Sí padre, te escucho! pero... ¡estoy enamorado de Tara y quiero volver al palenque!—respondió Namú...

— ¿Ves? ¡Te lo advertí!—sentenció su amigo Cabécar Kamaquiri— ¡Déjalo!, no se perderá por estos caminos que llevan a esa hermosa planicie sedimentaria entre los ríos Térraba y el Sierpe.

Los adultos tenían dos objetivos muy claramente definidos, primero enseñarle a Namú el gran tesoro y segundo reunirse con un grupo de aborígenes de los Huetares de Occidente con el objetivo de planificar acciones de defensa contra los hombres de hojalata. Mientras, el jovenzuelo, jugueteando y distraído perdió de vista a su padre Burunda y a su amigo Kamaquiri. Namú estaba extraviado en una selva que cada vez era más pantanosa.

Namú sintió miedo. Quiso invocar a su amuleto de jade, pero lo había olvidado en el palenque debido a su prisa por el viaje. De repente la tierra tiembla y aparece de lo profundo de la selva una enorme danta y Namú con temblor de piernas grita: Nái` ma mi...Ayúdame Sibö.

Una danta furiosa enfrenta a Namú y lo revuelca en el suelo empujándolo al pantano. Namú está lleno de barro y hojas secas, parece un fantasma salido de la noche. Volvió a gritar:

— Nái` , ma mi...— ¡Ayúdame Sibö.!

La danta de un poco más de dos metros de longitud y unos doscientos kilogramos de peso se disponía a rematar a Namú, cuando éste logró coger la punta de una liana e impulsándose en círculo logró capear una nueva embestida.

Era una danta recién parida que defendía su territorio como un dragón salvaje. Namú seguía colgado de la liana y rápido comprendió que la danta solo atacaba en línea recta, por lo que decidió soltarse y salir corriendo por el camino derecho hacia su padre Burunda y Kamaquiri.

La danta golpeó por última vez los talones de Namú que cayó en una zanja donde quedó fuera de peligro y la danta se retiró.

— ¡La danta pudo matar al niño! ¿Por qué no interviniste para salvarle la vida?--  
- inquirió Kamaquiri.

— ¡No!, no le hubiera hecho ningún favor a Namú si hubiera matado la danta. Yo sabía que Namú es astuto y valiente y observé que más bien toreaba a la danta, no existía ningún peligro para él. Si hubiera existido peligro, yo, Burunda, hubiera dado la vida por mi hijo. La culpa no es de la danta. Namú invadió su territorio y se defendió, igual que hacemos nosotros cuando los hombres de lata nos invaden---respondió Burunda.

— Padre Burunda, gracias por perdonar la vida de la danta; yo sabía que atacaba en línea recta y no podría alcanzarme jamás. Ahora la danta está feliz amamantando a sus cachorros.

— ¡Expusiste a riesgo la vida de tu hijo!—reprochó Kamaquiri.

— De ninguna manera, amigo, quería que Namú aprendiera a defenderse solo, yo no lo acompañaré durante toda su vida, debe aprender a amar, a perdonar y a prevenir el peligro. Yo también sabía que Namú había extraviado su amuleto y deseaba enseñarle que no existen amuletos mágicos, todo depende del esfuerzo que pongas en tus anhelos y propósitos---contestó el padre de Namú.

— Aprendí que soy fuerte y valiente sin depender del amuleto de jade, — exclamó Namú, cuando de repente divisaron un hermoso valle, un tesoro natural.

— Padre —, preguntó Namú ¿dónde está el tesoro?

— ¡Lo verás, Namú, lo verás!

## Reunión

El río Térraba mostraba su caudal impresionante y Namú aprovechó para refrescarse en sus aguas. Sentía correr toda la adrenalina por su sangre y una felicidad inexplicable lo inundaba.

Ten calma Namú—le dijo su padre —, te estás dejando arrastrar por la corriente, debes saber que los ríos aparentan aguas mansas en su superficie, pero en su interior transita una corriente bravía y este río no es la poza tranquila y dulce que está cerca del palenque.

— ¡Ah, la poza de mi palenque! ¡Cuánto extraño a Tara!— exclamó Namú.

—Jajá, — rieron al unísono el padre de Namú y el cacique Cabécar.

— ¿Y qué tiene que ver Tara con el río?—le preguntó Burunda.

—El agua límpida y fresca del río me recuerda sus besos suaves sobre mi piel—respondió Namú.

La situación resultaba incómoda para el padre porque para tomar una novia era necesario pedir el consentimiento de la muchacha y de los padres aunque en la tribu Bribrí prevalece el criterio de la joven.

— ¿Namú, no te habrás acostado con Tara? Si lo has hecho debes responder por su honor—exclama Burunda preocupado.

— Padre mi corazón está repleto de gozo, siento que muero embriagado de chicha---exclamó el jovencito.

— ¡Namú! ¡No contestaste mi pregunta! —inquirió el padre enojado.

— ¡No padre!, tan solo nos hemos besado— dijo sonriente Namú.

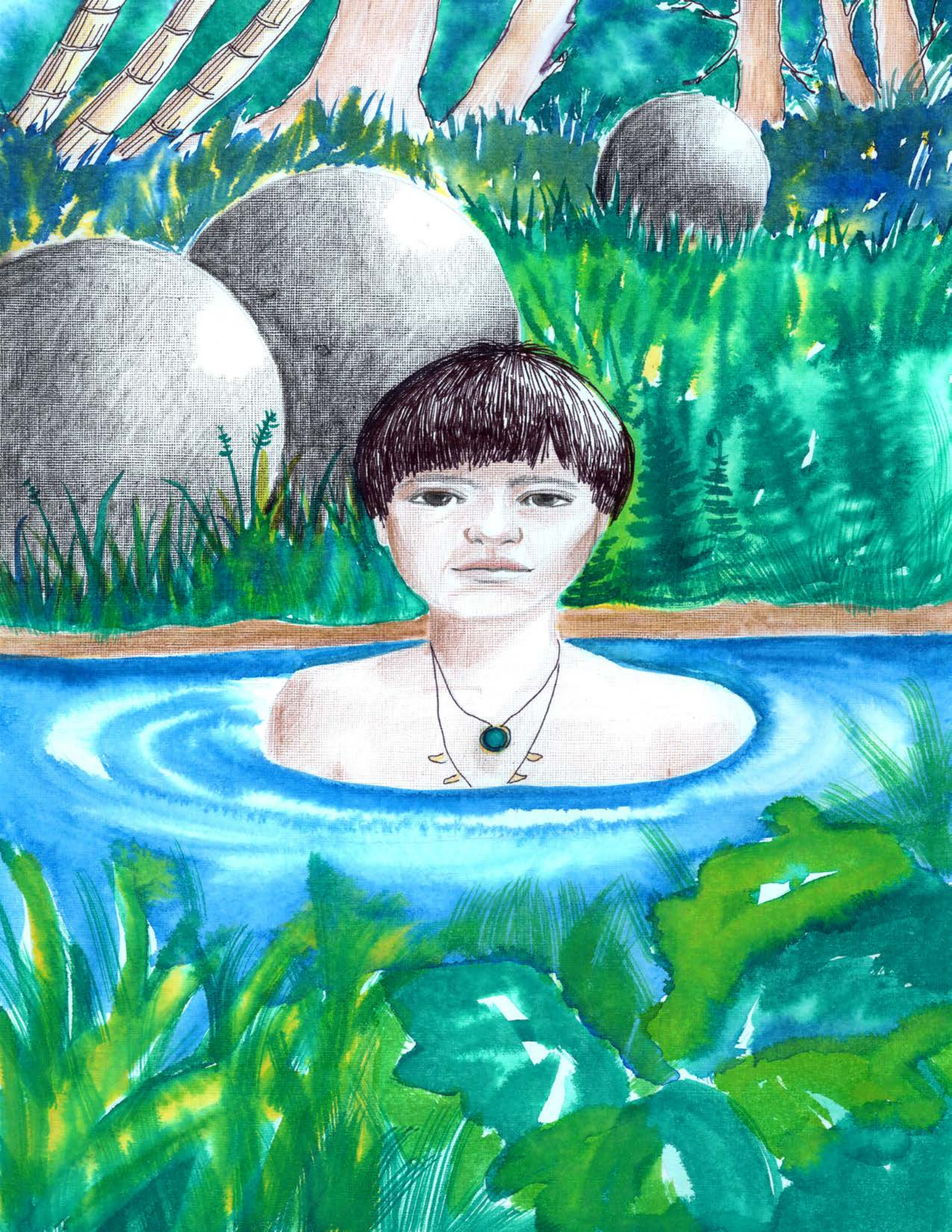
— ¿Cuántas veces te has besado con Tara? —le preguntó el padre.

— ¿Cuántas gotas tiene el río grande del Térraba, cuántas arenas hay en una playa, cuántas estrellas tiene el cielo, Padre?—respondió Namú que salió del río.

Los ojos de Namú se encendieron de júbilo al observar una esfera de tamaño monumental y otras de diferentes tamaños dispersadas cual lunas de piedra en el sitio conocido como El Silencio.

— ¿Qué es este lugar, padre? ¿Qué son estas esferas gigantes?

Las esferas lucían imponentes en la planicie. Algunas con un diámetro de hasta 2.5 metros y con pesos comprendidos entre una y quince toneladas causaban la admiración del joven indígena. Un misterio inundó la mirada de Burunda. Para él eran símbolos de rango y poder pero no sabía explicar el origen de las mismas, ni su edad, ni quién las hizo ni tampoco cómo llegaron a estas zonas. Burunda y Kamaquiri se limitaban a enseñarle a Namú aquellas esferas de piedra, que sin duda alguna habían sido creadas por seres extraordinarios. Namú planteo grandes inquietudes que no pudieron ser resueltas. Estando los tres, maravillados, mirando aquella obra



monumental, apareció de repente un grupo de aborígenes Huetares, semidesnudos y de rostro bravío.

Altamente sorprendido, Namú con sus escasos 14 años, sintió una gran energía e inspiración al observar aquel encuentro entre tribus y preguntó: — ¿Quiénes son, padre?

—Estos hombres, Namú, pertenecen al reinado Huetar de Occidente al que perteneció el gran líder, el cacique Garabito. Uno de los objetivos de este viaje es ayudarlos en su batalla contra el hombre blanco, de armadura de cobre—aclara Burunda.

El corazón de Namú latía orgulloso del encuentro.

Se hacía tarde y los vientos traían el olor del hombre blanco...por lo que decidieron subir a los ceibos más altos y esconderse entre sus ramas en las cuales se escurrían algunas serpientes, mientras los monos los miraban curiosos. De repente, lograron divisar a lo lejos a los hombres blancos siguiendo las huellas de los Huetares para exterminarlos.

—Los ríos dejan de ser puros cuando el hombre blanco los toca. Ellos vienen por nuestro oro y por nuestras tierras y sobre todo a arrebatarnos nuestra libertad. Necesito ayuda de las mujeres de sus tribus para que confeccionen escudos de venado que nos protejan de las armas de fuego y espadas. —dijo uno de los Huetares sobrevivientes y que aún luchaba contra los hombres de lata siguiendo el ejemplo del heroico Garabito.

—Mis hombres son alrededor de cuatrocientos. He robado caballos al hombre blanco y vendré a recogerlos en la próxima luna llena en Batambal, en las faldas de Fila Retinto, cerca del Tórraba— aclaró el gran cacique.

Al amanecer no había rastro de los hombres blancos. Los Huetares se retiraron pero antes el líder se dirigió a Namú:

— Tú serás un gran guerrero Namú, no debes nunca dudar de mantener la paz en tu pueblo y con las otras tribus y defender la libertad y soberanía de nuestras culturas originarias.

Namú se sintió muy halagado por estas palabras y aseguró que así lo haría.

El grupo estaba satisfecho. Se habían cumplido los dos objetivos: Namú había conocido el gran tesoro y habían planificado la ayuda que le brindarían a aquellos guerreros, incansables en su lucha por la libertad.

## El regreso

Días después, cuando regresaron al palenque, fueron recibidos con gran algarabía. El abuelo se encargó de contar sobre las esferas mágicas y la reunión con los Huetares...

El guía cultural del Museo quedó en silencio. La visita había terminado.

Bueno, José Pablo — dijo Inés a su pequeño hijo —, ya es tarde y debemos marcharnos. Volveremos otro día al Museo Nacional y al Museo de Jade para conocer más historias de nuestros antepasados, sus luchas, costumbres, comidas y tradiciones. Estoy segura de que entendiste muy bien porque te vi muy atento.

El niño Pablo y su madre Inés que andaban de gira por estos pasillos llenos de historia del Museo Nacional y el Museo de Jade, se sintieron íntimamente ligados a sus raíces al reencontrarse con su pasado ancestral. Conocían poco de estas bellas historias mágicas, a veces dolorosas y cruentas por el maltrato y violencia con que fueron tratados nuestros ancestros. Quedaron sorprendidos por la valentía y el coraje de nuestros héroes nacionales, el Cacique Garabito y el Rey Pablo Presbere, por la defensa de su pueblo. José Pablo y su madre se abrazaron fuertemente, emocionados por el conocimiento adquirido. ¡Había sido un gran aprendizaje que enriquecía sus vidas!

Y tomados de la mano se alejaron de aquellos lugares mágicos, con la esperanza de regresar muy pronto.

De repente, se escuchó, en la lejanía, un estruendo similar al rugido del jaguar como un llamado de Namú expresando la esperanza de un nuevo reencuentro.



## **Anexos y notas ilustrativas**

### **Pablo Presberi y Garabito**

El miércoles 19 de marzo de 1997, la Asamblea Legislativa declaró a Pablo Presberi “Defensor de la libertad de los Pueblos Originarios”. Y el 4 de julio es declarado el Día Nacional de Pablo Presberi.

Debemos recordar a Pablo Presberi como el ancestro que supo encarnar los valores de la libertad, la identidad, la dignidad y la defensa de la soberanía y la cultura.

(<http://lacoloniaenlosindigenasencostarica.blogspot.com/p/pablo-presbere-y-garabito.html>)

### **Efigie y placa de Garabito frente a la Municipalidad de Garabito, dice así:**

“Para el indio Huetar de Garabito:

Quien luchó durante el siglo XVI, incansablemente contra la hegemonía española.

De un pueblo que no quiere olvidar sus raíces y lucha por mantenerlas vivas”

Administración 2006- 2010

Municipalidad de Garabito.

### **Poblamiento de América**

El poblamiento de América tuvo su origen principalmente por desplazamientos u oleadas migratorias de grupos de humanos desde el norte de Asia. Estos cruzaron el estrecho de Bering cuando se encontraba congelando durante las diversas glaciaciones.

Los grupos habían llegado al continente persiguiendo manadas de animales aproximadamente 40 o 50.000 años A. C.

Otros arribos se habrían dado hace 25 o 30.000 años A.C.

La evidencia en Costa Rica de este proceso es de hace 12.000 años y fue encontrado en el Valle de Turrialba, las Llanuras del Norte y Guanacaste.

### **Las esferas de piedra**

Las esferas de piedra son uno de los elementos más llamativos de los pueblos antiguos de Costa Rica. Fueron elaboradas a lo largo de 1 000 años por culturas que habitaron la zona sureste del país. La mayor concentración de estos objetos se encuentra en la planicie aluvial formada por los Ríos Térraba y Sierpe. Su tamaño oscila entre unos centímetros hasta 2.5 metros de diámetro, y su peso puede alcanzar más de 15 toneladas. Se considera que las grandes esferas eran, ante todo, símbolos de rango y poder, o tal vez, marcadores territoriales. Los hallazgos de conjunto alineados en figuras geométricas sugieren un significado astronómico aún no demostrado.

Las esferas de piedra fueron declaradas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en junio del 2014.

Cuento basado en textos, afiches y material informativo del Museo Nacional de Costa Rica y Museo de Jade.

## **Contraportada**

Namú, jaguar en lengua Bribí, es un cuento basado en información recopilada del Museo Nacional de Costa Rica y del Museo de Jade. Es la narración de un viaje mágico, de un reencuentro en el tiempo con nuestras raíces ancestrales y que llena de gozo nuestro espíritu. De la mano del niño aborígen Namú, niños, jóvenes, adultos y adultos mayores, conocerán momentos importantes de la conquista y la colonia que les permitirá entender y comprender las raíces, identidad y costumbres de nuestros antepasados.

El cuento “Namú” está escrito con la finalidad de atraer la atención, principalmente de los niños y jóvenes, acerca de nuestro Patrimonio Nacional y nuestros valores culturales. El tema de la paz es una constante de esta obra junto al respeto por la vida y la naturaleza así como el amor a la familia y muchos valores más.

Como autor de Namú deseo que su lectura sea un disfrute para el lector, ya sea niño o adulto y que sientan el abrazo cálido de nuestros antepasados, así también que sirva como un granito de arena para la conservación de nuestras maravillosas tradiciones.

# Índice

<b>Presentación.....</b>	<b>3</b>
<b>Biografía.....</b>	<b>6</b>
<b>Dedicatoria.....</b>	<b>7</b>
<b>Namú .....</b>	<b>8</b>
<b>Chamala .....</b>	<b>12</b>
<b>Namú cumple su promesa. ....</b>	<b>14</b>
<b>El cervatillo y el jaguar .....</b>	<b>18</b>
<b>El cervatillo despierta .....</b>	<b>22</b>
<b>Nacimiento de Namú y Chamala.....</b>	<b>28</b>
<b>El presagio del abuelo .....</b>	<b>31</b>
<b>Rito de iniciación .....</b>	<b>35</b>
<b>Una historia más.....</b>	<b>38</b>
<b>Alumbramiento.....</b>	<b>40</b>
<b>Inicio de un viaje inolvidable .....</b>	<b>45</b>
<b>Aventura de Namú en el río Térraba .....</b>	<b>48</b>
<b>Namú y la danta.....</b>	<b>50</b>
<b>Reunión.....</b>	<b>53</b>
<b>El regreso.....</b>	<b>58</b>
<b>Anexos y notas ilustrativas.....</b>	<b>60</b>
<b>Contraportada .....</b>	<b>62</b>